

Tamara

Verónica Pérez Konina

Image not found.

## Capítulo 1

Cada noche Tamara escuchaba el llanto de un niño, interminable, inquietante, y una voz femenina, tal vez de la madre, que trataba de consolarlo.

Tras la pared no se oía claramente lo que decía, al parecer también le cantaba algo, una canción muy monótona y triste que tampoco la dejaba dormir. Por eso ella salía al pasillo con la enorme tetera metálica para hacerse un té en la cocina colectiva que estaba al final del pasillo. La enorme tetera gris era pesada, por eso Tamara siempre calentaba poca agua, además así hervía más rápido y así podía quedarse en la cocina a esperar a que hirviera.

En realidad trataba de salir lo menos posible de su habitación, ese era el único lugar de aquella residencia estudiantil donde se sentía más o menos tranquila. El pasillo, la cocina y sobre todo el baño le parecían sombríos y peligrosos, más aún de noche. Por suerte, en aquel cuarto de unos 20 metros cuadrados vivía sola, en las demás habitaciones vivían dos e incluso tres estudiantes. Su cuarto se encontraba a la derecha de la escalera central, habitada por las chicas, mientras el lado contrario del pasillo estaba destinado a los chicos, pero los matrimonios podían vivir tanto en una parte como en la otra. Los hombres tenían en el pasillo opuesto su propia cocina y su cuarto de baño.

A veces, cuando iba a la cocina a calentar el agua para el té, salía también de la habitación de al lado un hombre, posiblemente podría ser el padre del niño, bastante delgado, de hombros caídos y pelo largo y desgreñado. Al final del pasillo había una ventana, que estaba cerrada por el frío, pero allí se reunían a fumar aquellos que no podían hacerlo en su propio cuarto. Aquel hombre no podía fumar por el niño, seguramente.

Tamara podía ver sus dedos que sujetaban el cigarrillo y le temblaban un poco, como si estuviera nervioso. A veces se ponía de espaldas y miraba el mismo paisaje invernal, blanco y desierto. El blancor de la nieve le daba un aire puro y limpio, pero el color del cielo casi siempre era plomizo.

Tamara nunca había hablado con aquel hombre, a pesar de que lo veía casi todas las noches, sólo suponía que era el padre del niño porque vivía en el cuarto de al lado, de donde se oía el llanto del bebé. Cuando Tamara regresaba al cuarto con la tetera caliente, le parecía sentir en su espalda la mirada de aquel hombre, pero no podría decir con seguridad que la miraba, porque nunca se había vuelto para comprobarlo. Además, nunca lo había visto por el día, y le hubiera resultado difícil imaginarlo en otro lugar, fuera de aquel viejo edificio polvoriento. A veces le parecía que

aquel hombre sólo existía en su imaginación, como complemento a la ventana oscura, al frío y sucio pasillo y al olor del tabaco de cigarrillos sin filtro que sólo se fumaban en Rusia.

Cuando no estaba aquel hombre, Tamara sentía más miedo. Le parecía que aquel pasillo estaba habitado por otros personajes, invisibles, pero malignos, que la observaban y trataban de transmitirle algún mensaje.

A veces ella también se acercaba a la ventana y alzaba los ojos para buscar en aquel espacio gris donde antes se encontraba el cielo, algo que pudiera consolarla.

“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Nunca había rezado en su vida, pero cuando miraba al cielo le dirigía un ruego, aunque no sabía a ciencia cierta a quién iba dirigido.

Era difícil creer que sólo hace unos meses era verano, ella se encontraba todavía en Cuba, estaba sentada en el malecón con Víctor y miraba las rocas bañadas por las olas. Podía recordar que oscurecía, se encendían uno a uno los faroles, la luz del faro del Morro pasaba por encima de sus cabezas. El mar estaba tenía ese color azul turquesa que tanto le gustaba a Tamara.

Algo realmente mágico había en el aire aquella tarde, pues de pronto Víctor le empezó a leer un poema de un poeta ruso, Alexander Blok.

Por las noches en los restoranes

El aire es caliente y salvaje

Y los gritos de los borrachos

Se esparcen en el aire primaveral, perverso.

A lo lejos, sobre el polvo de los callejones,

Sobre el aburrimiento de los chalés

Puede verse el cartel de una panadería

Y escucharse el llanto de un niño.

Y cada noche, tras los cercados

Con sus bombines a la moda

Pasean entre los baches con sus damas

Hombres estropeados por la vida.

Los remos rechinan sobre el lago,

Y las mujeres gritan asustadas

Mientras desde el cielo, acostumbrado a todo

Hace muecas sin sentido la Luna llena.

Cada noche ese amigo único

Se refleja en mi vaso oscuro,

Al igual que yo, está embriagado

Por ese líquido amargo y misterioso.

Junto a nosotros en las mesas vecinas

Aguardan los camareros, somnolientos,

Y los borrachos con ojos de conejos

Gritan «¡In vino veritas!»

Y cada noche a la hora indicada

(¿O solo se trata de un sueño?)

Una silueta de mujer, ceñida de seda,  
Avanza en las tinieblas tras el cristal.

Ella pasa lentamente entre los borrachos  
Siempre sola, sin compañía,  
Tejida de perfume y neblina  
Y se sienta junto a la ventana.

Sus sedas recuerdan viejas sagas  
El sombrero adornado de plumas negras  
Rememora viejas pérdidas,  
Antiguas gemas adornan sus dedos.

Cautivado por su extraña cercanía  
Quedo prendido a su velo  
Y veo tras él una orilla encantada  
Y un lejano paisaje de embrujo.

En mis manos está el secreto  
Del que alguien me entregó la llave  
Y todos los confines de mi alma  
Están colmados del amargo vino.

Las plumas negras de avestruz  
Se mecen suavemente ante mis ojos  
Y sus ojos azules sin fondo  
Florece desde la otra orilla.

En mi alma se esconde un tesoro  
¡Solo yo tengo la llave!  
Tienes razón, ebrio monstruo,  
Lo sé, la verdad está en el vino.

Tamara conocía ese poema, poema "A una desconocida", y le molestaba mucho la conclusión a la que llegaba el autor, "In vino veritas" (la verdad está en el vino). Ella prefería otro poema de Blok, un poema sobre la primavera y la fe, sobre una princesa que espera a un príncipe en su castillo.

Tan inspirada, tan emocionada  
Cantaba a la primavera la princesa  
Que le dije: Ten cuidado,  
Pues podría hacerte llorar.

Pero sus manos tocaron mis hombros

Y escuche: No, perdona.

Toma tu espada, prepárate para el combate

Te protegeré en el camino.

Ve, ve, volverás joven

Y fiel a tu juramento

Yo conservaré mi helada soledad

Me encerraré en mi castillo de cristal.

Me albergaré en la alegría de las miradas

Y pasarán tranquilamente los años

Alrededor del castillo se escuchará el viento

Y correrán las aguas claras del arroyuelo

Estoy lista para un encuentro tardío

Y te esperaré con los brazos abiertos

A ti, que traerás del combate

En el filo de tu espada, brillante, la primavera.

El horizonte ocultó con un telón azul

El castillo, la torre y tu figura.

Perdona, princesa, es largo mi camino.

Voy a por la ardiente primavera.

Ahora le parecía imposible que existiera el malecón, la Rampa, el mar. Estaba viviendo en una ciudad donde no había mar, y se sentía como presa. Sus estudios en el instituto eran bastante aburridos, lo único bueno que tenían es que podía faltar a las clases, pero entonces se quedaba en aquella habitación empapelada de amarillo, fría y sombría, donde hacía tanto frío que siempre debía tener encendida una estufa eléctrica.

Incluso había llegado a pensar que seguramente en el infierno no hacía calor, como solían pensar todos, y que eso de los calderos con aceite hirviendo era puro cuento, estaba segura de que en el infierno hacía frío, ese frío que cala hasta los huesos y hiela el alma. La ausencia del sol era una de las cosas que más la afectaba, así como el hecho de que a las 4 de la tarde ya oscurecía. En aquel edificio parecía como si en todo el mundo no hubiera ni sol, ni verano, ni amor...